

Alfredo Nateras Domínguez

Adscripciones identitarias juveniles: tiempo y espacio social
El Cotidiano, núm. 163, septiembre-octubre, 2010, pp. 17-23,
Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32515913003>

EL Cotidiano

El Cotidiano,
ISSN (Versión impresa): 0186-1840
info@elcotidianoenlinea.com.mx
Universidad Autónoma Metropolitana
Azcapotzalco
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Adscripciones identitarias juveniles: tiempo y espacio social

Alfredo Nateras Domínguez*

La juventud en abstracto, y los jóvenes en concreto, los de la vida cotidiana y del diario transcurrir, caracterizan una etapa compleja de transición de la vida hacia la vida adulta; es decir, la juventud es una edad social por la que se pasa y no en la que se está permanentemente. Esto implica que ser joven —como cualquier otra etapa del ser humano— es algo transitorio, social y culturalmente hablando.

Las herramientas teóricas

Consideramos a la juventud como una categoría de análisis de lo social, situada en un tiempo histórico particular y en un espacio cultural definido. Esto conlleva a sostener que los jóvenes son una construcción sociocultural que determinada sociedad (como la mexicana o la chilena) imagina y representa a través del Estado y de sus instituciones, sean éstas educativas, mediáticas, académicas, familiares, religiosas o políticas, por mencionar tan sólo las más relevantes. Al mismo tiempo, a través de la diversidad de ser y de vivir la experiencia como jóvenes (hombres / mujeres) de

sus prácticas sociales y de sus expresiones culturales, éstos le van dando ciertos contenidos, matices y tonos a esa construcción de lo juvenil.

Esto conlleva a sostener que las y los jóvenes son heterogéneos, múltiples y diversos, ya sea por su clase social o el género al que pertenezcan, raza o etnia de procedencia, creencias religiosas, adscripciones políticas o afiliación identitaria; es decir: la juventud no es homogénea / monolítica; no existe una sola manera de ser joven o de vivir la experiencia en el aquí del tiempo y en el ahora social. De ahí que no se pueda afirmar o decir que existe *La juventud mexicana*, o que los jóvenes son el futuro del país, situación que nos coloca a resaltar esa riqueza de la diferencia social / cultural, aunque también de su complejidad —máxime cuando se trata de su abordaje teórico y de la incidencia desde la investigación social o la gestión e intervención cultural—.

La juventud en abstracto, y los jóvenes en concreto, los de la vida cotidiana y del diario transcurrir, caracterizan una etapa compleja de transición de la vida hacia la vida adulta; es decir, la juventud es una edad social por la que se pasa y no en la que se está permanentemente. Esto implica que ser joven —como cualquier otra etapa del ser humano— es algo transitorio, social y culturalmente hablando¹.

La edificación, el diseño identitario o la *performatividad*² de lo juvenil se

¹ Valenzuela, José Manuel. "Culturas juveniles. Identidades transitorias" en *Revista Jóvenes*, núm. 3, año 1, México: CIEJ/CAUSA JOVEN, enero-marzo de 1997, pp. 12-35.

² Con respecto a la *performatividad*, hay algunas características que son importantes de señalar. No se trata de un acto independiente del sujeto, ya que inevitablemente se está normalizado, y además adquiere la cualidad de ser una reiteración de la norma, una especie de ritualización en tanto su repetición, y no es sólo o primariamente una teatralidad. En palabras de Judith Butler: "La performatividad debe entenderse no como un 'acto' singular

* Profesor-Investigador. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Coordinador general del diplomado "Culturas juveniles. Teoría e investigación". <tamara2@prodigy.net.mx>.

va construyendo, por lo regular, a partir de la confrontación y de la reafirmación diferenciada de sí, en varios planos y coordinadas al mismo tiempo. *Uno*: con relación a lo que se representa y es imaginado como lo no-joven; en otras palabras, en la contraposición con los adultos y sus instituciones. En esta lógica, se despliega y establece un conflicto intersubjetivo y una tensión social entre lo que podríamos caracterizar como *Los mundos juveniles* versus *Los mundos adultos*. *Dos*: respecto a lo que el antropólogo mexicano Rodrigo Díaz³ señala como la *creación de la presencia*, que remite a la disputa por la imposición de sentidos y de significados de ser identitariamente joven(es), con respecto a otras adscripciones juveniles más longevas, consolidadas o potentes⁴.

Por consiguiente, vamos a entender a los *mundos adultos* (padres, autoridades escolares, policías, figuras religiosas, maestros) como culturas hegemónicas (al estilo Gramsci), quienes detentan el poder y lo tratan de imponer permanentemente a través de la configuración de concepciones del mundo desplegadas o instrumentadas vía las normas, los valores, las reglas, las percepciones, las representaciones, los estigmas⁵ y los prejuicios, que sustentan la construcción de sentido de la vida institucional, social y cultural adulta. Estos mundos adultos se anclan en el pasado, y las matrices de significaciones, a partir de las cuales se posicionan y definen su acción social, se están vaciando de sentido con relación a las matrices de significación de los mundos juveniles que corren en otro flujo de sentidos en la temporalidad del presente, del aquí y del ahora de la existencia del ser jóvenes contemporáneos. Quien mejor da cuenta de estas tensiones y conflictos intergeneracionales (abismo

y deliberado, sino como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra”. Esto lleva a reiterar que el sujeto, o los sujetos jóvenes, en lo que corresponde a la construcción de sus identificaciones grupales, no están regidos por su simple deseo o voluntad, y tampoco alejados de las normas que los regulan precisamente en sus acciones sociales y en sus expresiones en el orden de la cultura. Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2002.

³ Díaz Cruz, Rodrigo. “La creación de la presencia. Simbolismo y *performance* en grupos juveniles” en Nateras, Alfredo (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I / Porrúa, 2002, pp. 19-41.

⁴ Un ejemplo concreto de la disputa por la creación de la presencia la tuvimos en la escaramuza entre la adscripción identitaria de los *emos* y algunos integrantes de otros agrupamientos juveniles, consolidados como los de la escena oscura (*darks*), neopunks y rocanroleros, en marzo de 2008, en distintas partes de la República (Querétaro, Distrito Federal, León y Zacatecas).

⁵ Erving, Goffman. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.

generacional), es la antropóloga estadounidense Margaret Mead⁶. Ella trabaja la construcción del tiempo social / generacional, y sostiene que actualmente los adultos (y sus instituciones) tienen muy poco que enseñar a los jóvenes⁷, en la medida en que éstos aprenden fundamentalmente de su grupo de pares, es decir, de otros jóvenes parecidos y similares a ellos.

En lo que atañe a los *mundos juveniles* (las distintas formas de ser jóvenes), los vamos a caracterizar como culturas subalternas —o en resistencia cultural—, que se configuran particularmente a través de sus múltiples prácticas sociales y manifestaciones culturales diversas, decíamos, situados en un tiempo y en un espacio histórico definido. Estos mundos juveniles entran en disputa en la creación de sentido y de su presencia⁸ en los espacios públicos (la calle, la escuela), en los privados (la familia), y esencialmente en todos aquellos en los que se escenifican y llevan a cabo una *performatividad* de sus adscripciones identitarias juveniles que correspondan.

La construcción de las identidades o identificaciones juveniles, en una de sus vertientes, se lleva a cabo siempre en contraposición a “los otros”, diferentes al agrupamiento al que se pertenezca; es decir, lo joven o lo juvenil se va a ir configurando con respecto a lo no-joven, representado por los mundos adultos; ya que en lo menos que desean parecerse la mayoría de los jóvenes es precisamente a sus figuras parentales, y por lo tanto regularmente se contraponen a las instituciones adultocéntricas.

Esta urgencia de la diferenciación es un mecanismo de legitimación en la constitución identitaria del ser jóvenes *versus* los mundos adultos. Por lo que las tensiones y los conflictos entre ambas configuraciones son inevitables, máxime por las cualidades y los contenidos de los universos simbólicos y de los imaginarios construidos por la cultura hegemónica de los adultos y de sus instituciones.

Así, el periodo de la juventud como etapa de transición, a decir de Gonzalo Saraví⁹, se convierte regularmente en un

⁶ Mead, Margaret. *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. España: Gedisa, 1987.

⁷ De aquí en adelante utilizaremos el clásico masculino genérico, por lo que todas las menciones en tal género representan siempre a todos/as.

⁸ Díaz Cruz, *op. cit.*

⁹ Saraví, Gonzalo. “Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana” en *Revista Desacatos. Juventud: exclusión y violencia*, México: CIESAS, 2004, pp. 127-142. Para una discusión más profunda acerca de la exclusión social asociada a la condición juvenil, los interesados pueden consultar del mismo autor la siguiente obra: *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS, 2009.

momento crítico, y coloca a una gran mayoría de jóvenes en una situación de vulnerabilidad con respecto a la exclusión social, a las violencias sociales, al uso social de drogas, al suicidio, a las conductas y a las trayectorias reproductivas. Esta configuración de los factores que tensan su situación de vulnerabilidad está marcada también por el cruce o la intersección con la edad que se tenga, el género al que se pertenezca (porque no es lo mismo ser joven hombre que mujer joven), el estrato social, o incluso al tipo de familia, hogar o comunidad de la que se es miembro.

Es claro que los contextos y las múltiples variables intervinientes, así como la etapa de transición en tanto la definición del “yo” que implica el asunto de ser joven, colocan a una gran mayoría de este sector poblacional en situaciones sociales muy desfavorables, por lo que los jóvenes en riesgo son definidos como aquellos “que enfrentan situaciones ambientales, sociales y familiares que traban su desarrollo personal y su integración exitosa en la sociedad como ciudadanos productivos [...]”¹⁰. Desde un lugar muy cercano, o como sinónimo del término de *riesgo*, tenemos el concepto de vulnerabilidad, el cual alude a ciertas desventajas con respecto a la movilidad social de los actores y de los sujetos sociales (agrupamientos, adscripciones identitarias, comunidades).

Des-centramientos y des-marcajes terminológicos y conceptuales

A partir de lo planteado y de nuestro posicionamiento teórico, nos des-centramos de la referencia o anclaje a un rango de edad para definir a la juventud y a sus jóvenes; en todo caso, adquiere un valor didáctico e instrumental en tanto que las acciones sociales de estas adscripciones identitarias no se reducen a una edad específica, sino que la trascienden y siguen la trayectoria de la multiplicidad en sus prácticas. Quizás para la investigación, intervención y gestión cultural, la consideraremos como una variable independiente.

De igual manera hacemos una diferencia conceptual entre el término de la *adolescencia* y la *juventud*. A la adolescencia la entendemos como una edad biológica, por lo que los cambios a nivel corporal y la capacidad de reproducción de la especie explican las actitudes y los comportamientos sociales de los adolescentes. Por lo tanto, la unidad de análisis (o la escala) es a nivel individual, y sus discursos

¹⁰ *Ibid.*, p. 134.

disciplinares provienen de la psicología-psicológica, el psicoanálisis y la sociología funcionalista (de la desviación), posturas que evidentemente no compartimos. Por el contrario, la juventud la caracterizamos como una edad social cuya visibilidad está cruzada por la diversidad en sus acciones sociales y manifestaciones culturales, especialmente en los espacios públicos de las grandes ciudades del país y del mundo, que conllevan tanto su construcción como su reproducción socio-cultural. De ahí que la unidad de análisis sea el sujeto joven entendido como un actor social en el tejido de una trama intersubjetiva; es decir, interesa lo grupal y las colectividades, no lo individual. De tal suerte que los principales discursos disciplinares provienen de lo que se conoce como la sociología y la antropología de la juventud: posturas que suscribimos.

También nos desmarcamos del término de “tribus urbanas”, ya que en el imaginario social o en las representaciones sociales¹¹, entendidas fugaz y plásticamente como un pensamiento construido colectivamente (plagado de imágenes, de actitudes y de comportamientos) al aludir tal concepto, de inmediato se activan los mecanismos de la cognición social, y por lo regular aparecen / prevalecen las iconografías y las ideas de lo salvaje, lo primitivo, lo no moderno y lo incivilizado, ligadas a ciertos agrupamientos juveniles o a determinadas adscripciones identitarias, más visibles por su espectacularidad en los espacios públicos de la ciudad de México (la escena oscura, la del hip-hop, la rastafari, por mencionar sólo algunas), y aunado al diseño particular de su estética corporal y su dramatización / puesta en escena y *performatividad*, recarga el estereotipo y satura el estigma como *identidades deterioradas*¹², que son consideradas violentas y en el umbral o los límites de lo ilegal, o incluso de lo criminal.

A su vez, nos aproxima a una idea de lo “tribal”, como si estas “tribus urbanas” estuviesen desligadas o desvinculadas de los “otros sociales”, de la red de relaciones, o dicho de otra manera, de su condición de sujetos o actores sociales situados en un tiempo y en un espacio socio-histórico, producidos y reproducidos por los contextos en los que

¹¹ Se utiliza la referencia de las representaciones sociales como una categoría de análisis de lo social y concepto descriptivo, tal como lo proponen determinados psicólogos sociales: Maritza Montero y Tomás Ibáñez. Cfr. Montero, Maritza (coord.). *Construcción y crítica de la psicología social*. Barcelona: Anthropos, 1994, en especial el capítulo “Indefinición y contradicciones de algunos conceptos básicos en psicología social”, pp. 109-126; e Ibáñez, Tomás. *Ideologías de la vida cotidiana*. Madrid: Sendai, 1988, en particular lo relacionado a “Representaciones sociales. Teoría y método”.

¹² Goffman, *op. cit.*

les tocó coexistir y vivir socialmente. Aunado a lo anterior, y a partir del discurso de la antropología, el término y / o concepto de las “tribus” tiene una gran tradición en los estudios comparativos de lo que se ha dado en llamar las “sociedades simples” con respecto a las “sociedades complejas”, como son las nuestras, las occidentales. Esto implica que referirse a “las tribus o lo tribal” conlleva a pensar en una jerarquización, es decir, a una estructura de vínculos, ancladas a las relaciones de parentesco.

En este plano o rostro esbozado del uso desde el sentido común, como es el caso de las “tribus urbanas”, se le debilita, se le desdibuja y se le deslava en detrimento de su posibilidad de interpretación y / o comprensión, en tanto su desgaste en el saturamiento de su uso, ya que a la menor provocación, ante la emergencia de determinadas adscripciones identitarias juveniles contemporáneas, se les adjudica, describe y estereotipa a partir de este término y metáfora.

Los contextos de la condición juvenil contemporánea

Los contextos (políticos, sociales, culturales y económicos), en la discusión contemporánea en ciencias sociales, son cruciales, no sólo en lo que corresponde a su valor de historicidad, sino fundamentalmente como claves interpretativas (hermenéuticas) que favorecen una comprensión más potente de las complejidades socioculturales, en virtud de ser un espacio geográfico, social y temporal; es decir, histórico. En este sentido, convenimos con la socióloga mexicana Laura Loeza cuando afirma: “Es preciso concebir el contexto como espacio geográfico temporal; donde ocurren las interacciones sociales que influyen sobre las actitudes y las percepciones de los individuos”¹³; es decir, se coloca el acento y la centralidad en las relaciones intersubjetivas que producen sociedad y socialidades (juveniles).

A partir de las articulaciones entre los contextos generales (latinoamericanos) y los locales (mexicanos), podemos caracterizar una particular producción de la condición juvenil en nuestra sociedad mexicana y del Distrito Federal, que se definirían en términos amplios por su precariedad; ser los herederos de todas las crisis posibles; una cancelación de los horizontes de futuro, a mediano y largo plazo para muchos de ellos; el aquí y el ahora de la vida en tanto su fugacidad; la primacía de la hiperindividualidad sobre lo colectivo / lo grupal; la encarnación de las ciudadanías

del mundo en cada joven; la marca de la exclusión social a partir de los consumos culturales y su ubicación en los servicios de salud, educativos y de empleo; las prácticas sociales y las identidades culturales inscritas en los flujos y reflujo migratorios e inmigratorios; signados por las tecnologías de comunicación o por las sociedades del conocimiento; reconfiguración en la manera de participación de lo político y social en forma de redes horizontales; no se agrupan más por ideologías políticas, sino por propósitos / acciones concretas y situacionales; los agrupamientos son micro identidades representadas y dramatizadas en el espacio urbano; gran importancia a la apropiación de los territorios locales y los lugares públicos del Distrito Federal; dramatización y puesta en escena de las corporalidades; la influencia de las industrias culturales dirigidas a los jóvenes que diseñan estéticas y fachas; criminalización de prácticas y expresiones juveniles contemporáneas.

De inicio, podríamos decir que queda la sensación de que estamos ante una verdadera devastación y desastre social. Se tienen índices e indicadores del fracaso del proyecto neoliberal, donde lo que más resalta se hace visible y doloroso: es el aniquilamiento de las expectativas de mejoría a corto y mediano plazo, en todos los sentidos, para la mayoría de los jóvenes mexicanos y capitalinos, sin negar sus biografías individuales, sus estrategias de afrontamiento, sus capitales culturales / simbólicos, y su inventiva y creatividad.

Podemos decir con certeza que estos sectores y grupos juveniles se juegan entre las coordenadas, los mecanismos y los procesos de estar incluidos o excluidos, de estar afuera o adentro, de existir o de no existir, de ser o de no ser; es decir, todo indica que para dichos jóvenes, ser joven en México y residente del Distrito Federal, ya se convirtió en un distintivo de la exclusión social y en una posibilidad real de “morir de joven”; en otras palabras, de ser asesinado por los cuerpos de seguridad del Estado o por el fuego “amigo” de los militares que suelen confundirlos por lo regular –y sin prueba alguna– con ser sospechosamente jóvenes “sicarios” o miembros de supuestas “pandillas” (simplemente basta recordar los casos más dolorosos sucedidos recientemente en Tamaulipas y Monterrey, Nuevo León).

Enfrentamos realmente a un ejército de jóvenes “des-institucionalizados”, es decir, fuera de la escuela, la salud, el empleo, la vivienda y la recreación. Son en su mayoría jóvenes que viven día tras día en donde regularmente no hay espacios para construir un proyecto de vida real para el futuro, porque para muchos de ellos la temporalidad del futuro no existe, en tanto que el presente, el aquí y el ahora de sus existencias y de sus vidas cotidianas, está

¹³ Loeza, Laura. *Organizaciones civiles. Identidades de una élite emergente*. México: UNAM, 2008.

negado. Quizá lo que alcanza es simplemente vivir el día o los días inmediatos, que vienen con todas las secuelas de las afectividades decaídas y las melancolías colectivas.

Son definitivamente jóvenes que son contruidos y se construyen a partir de constantes situaciones de riesgo, de ser sujetos vulnerables y en desventaja social permanente, por lo que en cierto sentido es fácil que muchos de ellos recorran la vía de acceso rápida para obtener lo que les falta (prestigio social, remuneración económica, bienestar y poder) a través de insertarse o ser atraídos por las redes del crimen organizado, pagando un precio muy alto que los coloca en las antecelas de ser sujetos de violencia y hasta de perder la vida.

Sin duda la ciudad de México —el Distrito Federal y su zona metropolitana— es considerada como una de las urbes más grandes del mundo, y se debate entre la premodernidad (política / cultural) y la modernidad que no tiende a consolidarse; es decir, es una urbe con la contradicción de pretender ser o situarse como una ciudad mundializada, y al mismo tiempo registra los atrasos característicos de los países más pobres y en vías de desarrollo.

Es evidente que la anterior aseveración alude implícitamente al deterioro de la calidad de vida de la mayoría de sus habitantes, ya sea en la alimentación, el ambiente, el divertimento y la seguridad pública, incluyendo los vínculos intersubjetivos, aunque también refiere a los sujetos y a los actores sociales que por la ubicación que ocupan en el entramado social, son una especie de emergentes de esa crisis urbana que aparece de la forma más cruda a través de los rostros de la violencia estructural (por ejemplo, la pobreza); tal es el caso de *Los mundos juveniles*.

En este sentido, uno de los aspectos significativos de los jóvenes contemporáneos mexicanos y del Distrito Federal, siguiendo la ruta de los contextos, es que están inmersos dentro de los mecanismos de la globalización económica. Tal proceso también es cultural, y he aquí un elemento central: son sujetos o actores sociales de la ciudad / mundo. Y cuando hablamos de la globalización en términos culturales, nos referimos a que hay un sinnúmero de prácticas sociales y de expresiones que no solamente se ven en el Distrito Federal, sino que también se manifiestan en otros países del planeta. Esto es importante, ya que estamos ante una de las cualidades más significativas de lo que implica y significa ser joven hoy: la conexión de determinadas expresiones con otras similares; es decir, son simultáneas a las de otros jóvenes. Ponemos un ejemplo: muros graffiteados en ciudades de América Latina como Sao Paulo, Brasil, o en Viña del Mar, Chile; cuerpos tatuados y perforados se

hacen muy visibles en las calles de Buenos Aires, Argentina, o en Caracas, Venezuela. Sin embargo, aunque pudieran ser similares, la diferencia está en la construcción de sentido y de significación: si bien son prácticas globalizadas a nivel cultural, los significados son particulares; el sentido del significado de un tatuaje en el cuerpo de un joven en El Salvador es distinto al de un joven en la ciudad de México; lo interesante es seguir esa máxima que dice “pensar globalmente y actuar localmente” (lo glocal).

Otra de las características de esos contextos se ubica en el ámbito de la política: queda la impresión de que para algunos jóvenes se ha vaciado de sentido; es decir, esa idea de la ideología política ya se borró. Algunos jóvenes no se agrupan más por ideologías duras, como antaño; es decir, la mayoría no se asocia en términos de lo que se consideraba comunista o socialista, en contraposición a ser capitalista o burgués; o de izquierda, de derecha o de centro. La política, al estilo institucional y electoral, no tiene demasiada credibilidad; esto lleva a decir que las formas de participación de la mayoría de estos jóvenes han cambiado. El terreno privilegiado que lo suple es el del arte y el de la cultura. Ejemplos concretos: en el conflicto post-electoral del 2006, una parte significativa de jóvenes de varias delegaciones políticas y de distintas clases sociales se dieron cita en las diversas manifestaciones de protesta callejera, ya que para un segmento de la población quedó la sensación de que esas elecciones fueron un fraude. No se marchaba del lado de una ideología: simplemente se protestaba, a través de la escenografía o puesta en escena de las identificaciones culturales: había darketos, “chavos y chavas” de lo que queda de la clase media de este país, y bastantes estudiantes. La calle era el escenario de las expresiones culturales: andaban en zancos o hacían *performance*, evidenciando la sensibilidad social por lo que estaba pasando políticamente en el país.

Otro aspecto importante como contexto es la tecnología de comunicación digitalizada; es decir, los espacios virtuales a través de la web y los de conversación del chat, que han reconfigurado los vínculos sociales y culturales entre los jóvenes, ya que abren nuevas comunidades virtuales que llevan a distintas formas de afectividades¹⁴. Esta situación ha preocupado, de nueva cuenta, a los mundos adultos, ya que regularmente son los que menos entienden estas novedosas formas de re-sociabilidad. A través de estas tecnologías, hay una especie de interconexión de las ideas, las expresiones

¹⁴ Al respecto, hay ciertas líneas de investigación que están trabajando lo relacionado con las nuevas tecnologías de comunicación (lo virtual), la condición juvenil, las afectividades y el erotismo. Cfr. Sánchez, Antulio. *La era de los afectos en Internet*. México: Océano, 2001.

culturales y la protesta; es decir, las ideas, las culturas y la protesta viajan por el ciber espacio. Presenciamos mecanismos novedosos de intercomunicación vía redes sociales, que usan las adscripciones identitarias juveniles, o como los antropólogos de la juventud le denominan: *las culturas juveniles urbanas*¹⁵. Una de las contradicciones es que no todos los jóvenes, tanto hombres como mujeres, tienen acceso a estas tecnologías de comunicación; son nuevas formas de la exclusión social, a partir de aquellos jóvenes que sí tienen la posibilidad de acceder¹⁶.

Otras de las características de contexto son los procesos migratorios e inmigratorios, los flujos de ir de un territorio a otro. Presenciamos una suerte de explosión de esos procesos, especialmente en los jóvenes. Quizá estamos ante nuevos actores dentro de los mecanismos de lo transnacional; es decir, más allá de su patria de origen se sitúan como sujetos del mundo o ciudadanos del mundo. Esto lleva a considerar que hay una serie de mecanismos dentro del ámbito de lo intercultural, específicamente con relación a los jóvenes, que tienen que ver con los elementos de tensión y de conflicto en los vínculos entre distintos grupos culturales, de los cuales sobresalen los sujetos transnacionales de las *pandillas*¹⁷. El capital se globaliza; lo que no lo hace es la mano de obra, lo cual lleva a las siguientes interrogantes en función de la ciudadanía: los procesos migratorios están interpelando la idea del Estado-Nación, el cual está perdiendo fuerza y centralidad justamente ante los procesos migratorios, donde una gran parte de jóvenes están implicados; por lo tanto, ¿cuál es el Estado que tiene que garantizar los derechos del ciudadano joven dentro de su proceso migratorio? ¿Es el Estado de la patria de origen o de la patria de llegada, o ambos? Vamos a seguir atestiguando estas contradicciones, ya que ante la carencia en el acceso de los bienes materiales en el terreno de lo económico y en el déficit en lo simbólico, muchos jóvenes —en su mayoría hombres— se ven en la necesidad de implicarse en los procesos migratorios. Además, tenemos otros rostros de los procesos migratorios: las poblaciones rurales o del campo, ya que al menos en nuestro país son las que más aportan emigrantes jóvenes al Distrito Federal.

¹⁵ Cfr. Feixa, Carles. *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México: SEP/CAUSA JOVEN/CIEJ, 1998.

¹⁶ García Canclini, Néstor. *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa, 2004.

¹⁷ Las *pandillas* transnacionales son el referente más claro —en términos de nuevos actores sociales, como los cholos o la Mara Salvatrucha (MS-13)— de las cualidades de los procesos migratorios en las sociedades (latinoamericanas y centroamericanas) contemporáneas.

A partir de los estudios transnacionales se ha mostrado el hecho de que una parte de estos jóvenes están migrando e inmigrando por una cuestión meramente de vivencia y de experiencia. Algunos de ellos hablan de esto en términos del *vacile*; es decir, de tener la aventura del proceso migratorio e inmigratorio, lo cual empieza a ocasionar muchas dificultades al interior de sus familias y de sus comunidades. La relación de este tipo de jóvenes del campo con respecto a la autoridad de los mundos adultos representados por los padres, es cada vez más complicada y tensa, ya que no logran entender que sus hijos se enrolen en los procesos migratorios-inmigratorios simplemente por adquirir experiencia y pasarla bien con sus amigos, lo que conlleva a estar alejados de sus respectivas familias¹⁸.

Otra línea de contexto significativa es lo que hemos denominado como *el uso social de drogas*. Si se confrontan las estadísticas de las encuestas nacionales de adicción —en este caso con relación al uso del alcohol y del tabaco— y lo confrontamos con el de las drogas ilegales (marihuana y cocaína) entonces nos damos cuenta de que el gran problema para la mayoría de los jóvenes es el alcohol y el tabaco, y no la marihuana ni la cocaína. Por lo que aquí una pregunta que podemos hacer sería: ¿Por qué tanto vericuetos con respecto a las cifras estadísticamente menores en el consumo de sustancias ilegales? Creemos que molesta a las mentalidades de los adultos; es decir, el uso de sustancias para esas adscripciones identitarias tiene un sentido y un significado cultural: son un accesorio más dentro de toda su configuración, y esto es muy incomprensible para la mayoría de los adultos, que además se rigen regularmente por preceptos morales y prejuicios religiosos (ya lo acaba de demostrar Felipe Calderón recientemente, en alusión a la muerte del rey del pop, Michael Jackson: “los jóvenes usan drogas porque no creen en Dios”).

Otra de las cuestiones de contexto ligadas a esto es la violencia social; es algo que está signando a los jóvenes. Cabe aclarar que por ser jóvenes no se es violento; los jóvenes regularmente viven en mundos violentos, y es cierto que algunos de ellos ejercen la violencia, pero también es justo mencionar que la mayoría de ellos y ellas (más las mujeres) padecen la violencia en el ámbito familiar. Tenemos información muy precisa en términos de la violencia sobre los jóvenes: parece ser que la familia viene siendo el enemigo pri-

¹⁸ Courtney, Robert. *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*. México: Cámara de Diputados/UAZ/Porrúa, 2006.

vado número uno para las mujeres¹⁹ y los hombres jóvenes, y el enemigo público número uno para los hombres jóvenes son los cuerpos de seguridad del Estado. Si de algo están hartos los jóvenes del país y de esta ciudad, es del abuso de poder de la mayoría de las policías. Urge profesionalizar a los cuerpos de seguridad para que puedan entender qué es lo que está pasando con sus jóvenes en el ámbito de sus prácticas culturales, todo en términos de ir democratizando los territorios de apropiación de los jóvenes en función de que si realmente deseamos una sociedad más igualitaria y justa, se tendría que empezar, en ese sentido, por flexibilizar los espacios más antidemocráticos que tenemos: el ejército, la institución religiosa y los ámbitos educativos. Ahí se ubica uno de los terrenos de interpelación, en la disputa de sentido y de significado para una gran parte de los jóvenes del país y del Distrito Federal.

Otra de las características de los contextos es la tensión social y los conflictos urbanos. A partir de la década de los ochenta, la emergencia de las adscripciones identitarias juveniles o de lo que denominamos las culturas juveniles²⁰, dan cuenta de que el espacio urbano entró en crisis. A los jóvenes los podríamos caracterizar como sujetos emergentes a través de su adscripción identitaria dramatizada en el espacio urbano; ellos visibilizan esas tensiones y contradicciones. Es decir, estamos viendo el gran debilitamiento del Estado benefactor. Aquel Estado de finales de la década de los setenta y principios de los ochenta todavía tenía cierta capacidad de ofrecer bienes y servicios para la mayoría de la población, y especialmente para los jóvenes, situación que actualmente ya no está sucediendo. El Estado es cada vez más débil y fracasado, por lo que presenciamos la falta de contención, ya que sus funciones las está ocupando el capital, las empresas transnacionales y el crimen organizado. Este debilitamiento de la mayoría de los Estados nacionales en América Latina tiene que ver con el fortalecimiento del capital a nivel mundial, que es lo que está marcando todo tipo de políticas públicas.

De las identidades juveniles a la construcción de ciudadanías

Antes de pertenecer a cualquier adscripción identitaria juvenil —es decir, hip-hopero, de la escena oscura, yuppie, de

¹⁹ Urge incorporar la perspectiva de género en todos aquellos estudios y acciones de las adscripciones identitarias juveniles; esto es, a partir de la diferencia sexual, hombre o mujer, se construye culturalmente una forma de enseñar a ser joven mujer, contrapuesta a ser hombre joven, en nuestra cultura mexicana y capitalina.

²⁰ Feixa, *op. cit.*

las fuerzas vivas de la ultra derecha, o de lo que queda de la clase media de este país— se es un ciudadano joven. Más allá del agrupamiento juvenil, estamos hablando de un joven en construcción de ciudadanía. Por lo que ese joven como ciudadano tiene derechos, y además adquiere responsabilidades sociales ante sí y “los otros”. Expliquemos: derecho a la adscripción identitaria que le convenga, en términos de las prácticas sociales y culturales que él o ella crean conveniente desarrollar, ¿a qué nos referimos con las responsabilidades? A que el joven debe entender que si se altera el cuerpo, por ejemplo, entonces tendría que asumir que quizá tenga problemas con su novia, y al mismo tiempo con su familia, máxime si es muy conservadora (como la mayoría de las familias mexicanas); que lo pueden discriminar por sus tatuajes, o quizá va a tener dificultades en emplearse por el prejuicio de la mayoría de las compañías que contratan jóvenes. A eso nos referimos con la responsabilidad. O por ejemplo si decide fumarse un carrujo de marihuana, deberá asumir que su acto probablemente tendrá implicaciones en sus vínculos sociales.

Es claro, como lo hemos venido sosteniendo, que hay una amplia heterogeneidad en las formas de ser jóvenes; no hay una sola manera de serlo, y esto se hace mucho más visible en el aspecto cultural. Es decir, los jóvenes tienen derecho como ciudadanos a diseñarse una estética corporal determinada, o a tener alguna práctica social específica, o una manifestación política de esa cultura juvenil contemporánea. Abogamos y estamos de acuerdo con la diversidad cultural y el respeto en términos de esa heterogeneidad ligada con los derechos humanos. Sin embargo, nos parece que si no anclamos o no ligamos el asunto de la diversidad cultural en términos de derecho con el aspecto de ir disminuyendo las desigualdades sociales, entonces no serviría de mucho que a un joven medio fachoso con aretes y tatuajes no lo dejaran entrar a un centro comercial, si al mismo tiempo no se reclaman sus derechos al trabajo, a la salud, al empleo... en otras palabras: hay que politizar “la diferencia cultural”.

Pensamos que el asunto de las adscripciones identitarias juveniles urbanas del Distrito Federal van en el camino de que más allá de la afiliación, se puedan visualizar como ciudadanos jóvenes y ligarse con otras adscripciones identitarias y otros ciudadanos, a fin de demandar los derechos que les corresponden en términos de mejorar sus condiciones materiales de vida, como también simbólicas. Mucho de nuestra discusión va en ese tono: en el terreno de ir ligando los vasos comunicantes del respeto por la diversidad cultural, y reiteramos al mismo tiempo que hay que tratar de disminuir las diferencias sociales.